



✍ LA ECONOMÍA DIGITAL. DEL MITO A LA REALIDAD
✍ Roberto Velasco
♦ Editorial Tusquets
Barcelona, 2002

174

Este libro ya era una realidad en el Epanorama del análisis cuando uno de los hechos más reveladores de la llamada economía digital —el nacimiento, esplendor y abrupta caída de la empresa TERRA— apareció en su más cruda realidad. En tres años y medio, las acciones de la compañía Terra, creada al calor de la nueva economía, pasaron de 11,81 euros, su valor de salida el 17 de noviembre de 1999, a nada menos que 139,75 euros el 20 de febrero de 2000, para luego hundirse hasta los 3,75 euros del 10 de agosto de 2002. El 28 de mayo de 2003 Telefónica lanzaba una OPA sobre el 61,5% del capital de Terra Networks a 5,25 euros, menos de un tercio de su valor de salida, con la voluntad de acabar con Terra como compañía independiente y excluirla de cotización. Concluida esta trepidante aventura quedaban

—como es usual— algunas fortunas hechas rápidamente y, cómo no, un buen número de ilusiones quebradas, casi siempre de modestos inversores. Los mentores de la *creación de valor*—una ideología que todo lo justifica si crece el valor de la acción— habían podido crear durante algún tiempo la sensación del crecimiento sin límites, del movimiento continuo o de las expectativas autogeneradas. El valor de la empresa llegó a situarse en 38.000 millones de euros, superando el de Repsol, Endesa y los principales bancos, pese a que sus ingresos no superaban los 300 millones de euros y perdía el doble de esta cantidad. No era el momento de las empresas de la economía *tradicional*, desde luego, salvo por el hecho de que Terra acabaría por desplomarse, poco después, hasta los 3.300 millones de euros de valor en bolsa.

Sirva lo dicho como introducción a una obra que pretende analizar la existencia de una nueva economía —o, como el autor prefiere, una economía digital— a través del análisis de sus fundamentos teóricos, macro y macroeconómicos, y la evolución en el tiempo de sus expresiones principales, el crecimiento, la inversión, las consecuencias organizativas para las empresas y las demás repercusiones sociales derivadas de la utilización masiva de las tecnologías de la información y las comunicaciones (TIC).

UNA SÍNTESIS SERENA DEL FENÓMENO DIGITAL

En la profusión de trabajos de distinto pelaje y condición que se han sucedido al amparo del *boom*

tecnológico de los últimos años, hay una buena parte que nunca debieron escribirse. De haberse abstenido sus autores, encontrarían hoy mayor respeto intelectual que el que pueden exhibir por las profecías desmesuradas que llegaron a formular. No es seguro, sin embargo, que todos los que erraron de modo manifiesto, al interpretar los acontecimientos económicos y aventurar tanto el sentido del futuro como su ritmo de evolución, estén arrepentidos de los pecados intelectuales cometidos. Al fin y al cabo, no pocos errores fueron el resultado de equivocaciones colectivas que siempre producen consuelo y protección además de impunidad.

Otros libros de los aparecidos intentaron plasmar una aproximación a la era de la economía digital, al menos intelectualmente rigurosa y honesta, aunque no siempre se vieran coronados por el acierto. Por fin, algunas obras —como la que aquí se comenta— se han beneficiado del conocimiento de los efectos de las primeras oleadas de innovación tecnológica, surgidas de las TIC y de variados y sosegados análisis sobre sus efectos, para producir una síntesis serena sobre la dimensión del fenómeno, su verdadera magnitud real, las potencialidades abiertas y las incertidumbres y condicionamientos de los que depende un juicio definitivo en torno a las TIC y sus efectos económicos y sociales.

Lo que diferencia a esta obra de otras del último grupo señalado son dos rasgos de su autor. Roberto Velasco es un académico riguroso, que practica con idéntica pasión la inquietud intelectual por lo nuevo y la duda y el escepticismo ante las hipótesis no comprobadas. No es por casualidad que abra su trabajo con una cita apropiada de Ludwig Wittgenstein, que define la natura-



leza de su aproximación al tema: «Está en la naturaleza del progreso parecer mucho más grande de lo que realmente es».

Semejante actitud ya quedó plasmada de modo brillante en su excelente recorrido por los contenidos de la ciencia económica (*Los economistas en su laberinto*, 1996) y el papel de los economistas y se puede comprobar a diario en los artículos de opinión sobre asuntos cotidianos que publica en diversos medios de comunicación. Pero junto con la solidez intelectual, el rigor y el gusto por el escrutinio de las novedades intelectuales, aparece la experiencia del hombre familiarizado con la toma de decisiones estratégicas empresariales, capaz por tanto de dilucidar lo que separa una buena decisión, fundada y durable, de una mala decisión —arriesgada o efímera—, que com-

promete el valor creado para los accionistas y el resto de los *stakeholders*.

En esta doble condición de académico y de hombre familiarizado con la vida empresarial, Roberto Velasco lleva a cabo un análisis sistemático y exhaustivo de los elementos principales que dan sentido económico, social y hasta político al debate sobre la Economía Digital.

Añadamos a lo dicho que se trata de un libro bien escrito, algo menos usual de lo que debiera en el campo de la economía. Y completemos esta visión general con la descripción del resultado del trabajo. Roberto Velasco, lejos del nihilismo y el fácil ajuste de cuentas con los errores de la economía digital, ha sabido distinguir entre las frivolidades y mentiras cuajadas al amparo de los intereses financieros de la era de Internet, sobre las que pasa como un huracán, y el ponderado análisis que evita meter en el mismo saco lo banal y lo trascendente, lo que perdura y lo que se extingue, lo que importa en el medio plazo de la economía y lo que apenas es flor de una mañana, marchita por la tarde. Como él mismo ha dicho sintetizando su trabajo: «el plato de la nueva economía, brillantemente cocinado al alimón por los analistas financieros, los bancos de inversión y las grandes consultoras internacionales, no derribará los sólidos pilares de la gastronomía tradicional, pero tampoco será una receta más del catálogo de comida rápida».

CONTEXTO POLÍTICO-ECONÓMICO DE INTERNET

Siete capítulos articulan el trabajo. El primero es una valiente y arriesgada excursión por el contexto político y económico de Internet,

imprescindible para dotar de sentido a algunas de las discusiones posteriores. La globalización y sus consecuencias, las desigualdades internacionales entre ricos y pobres, el éxito de la revolución neoliberal en la traslación de los contenidos dominantes del discurso social, el papel de los partidos de derecha, de izquierda o las «terceras vías», son temas de apasionado análisis que permiten enmarcar la discusión sobre el significado de los cambios tecnológicos, el poder, la distribución de las oportunidades y las desigualdades sociales.

Al autor parece preocuparle la rapidez de la difusión en nuestros tiempos de algunas ideas simples de corta duración que compiten con ventaja en el escenario cultural. «Víctima del desfase existente entre el rápido avance de la ciencia y el lento deambular de las ideas, la cultura parece desertar como reina de los valores... cada día resulta más razonable creer en falsedades simples que en verdades complicadas...».

Y ni siquiera convicciones como la de Michel Camdessus («si hay un peligro capaz de hacer estallar este sistema es la pobreza y las diferencias enormes entre ricos y pobres») parecen alumbrar planteamientos alternativos en izquierdas o derechas, excesivamente preocupadas ambas por pescar en los moderados caladeros del centro; fuera de alarmas exageradas. La pobreza contemporánea, constatará el autor, no produce revoluciones ni respuestas críticas, sólo réplicas de adaptación al medio. Pero ninguna que, al parecer, permita difundir lo peligroso que resulta vivir por encima de nuestras posibilidades intelectuales o lo acertado de seguir pensando que ni en economía ni en política se llega muy lejos «con ideas de usar y tirar, perfectamente recambiables».



Un recorrido por el escenario de la política y los valores predominantes, los partidos políticos y sus limitaciones y la necesidad, sin embargo, de horizontes sociales atentos a objetivos más amplios que la exaltación verbal de la eficacia económica, sirven para dar contenido a este excelente capítulo introductorio.

FUNDAMENTOS DE LA ECONOMÍA DIGITAL

Metido ya en la harina de la economía, el segundo capítulo no podía ser sino un análisis crítico de los fundamentos de lo que se ha dado en llamar la economía digital, con referencias económicas a los aspectos tecnológicos, de productividad, crecimiento, inversión y empleo. Éste es

un capítulo capital de la obra, el que dota de sentido a todos los demás.

Como es conocido, el largo período de prosperidad de los EEUU en los noventa, caracterizado por altas tasas de crecimiento, bajos tipos de interés, excelentes registros en las cuentas públicas, elevado crecimiento del empleo y virtual ausencia de paro, junto con una inflación inexistente o muy modesta, provocó una euforia desconocida y, con ella, la teorización en torno a una nueva era de la economía —la era de la economía digital—, cuyos principales responsables parecían ser la revolución en las TIC, el alza de la productividad por ellas generada y las consecuencias de ello derivadas en todos los sectores de la vida económica y social.

La discusión entre los entusiastas del «nuevo paradigma» digital y los escépticos aparece adecuadamente ilustrada mediante el recurso a las opiniones de algunos de los economistas más respetados y la consideración de algunos ejemplos de optimismo desmesurado, como los contenidos en las llamadas Ley Metcalfe y Ley de Moore. Por supuesto, no se trata de negar la evidencia, sino de discutir, precisamente, lo que no es tan evidente y encontrar los factores causales adecuados.

La polémica sobre la productividad, a pesar de la mejora de los indicadores, sigue viva desde que Robert Solow dijera en 1987: «podemos ver la nueva era de los ordenadores en todas partes menos en las estadísticas de productividad». Las dificultades de su medición, junto con las paradojas de su tasa de crecimiento en diferentes períodos, siguen otorgando una cierta ambigüedad a la afirmación central de los incondicionales de la economía digital que, en diferentes versiones, esperan que el ascenso de la productividad, iniciado en el

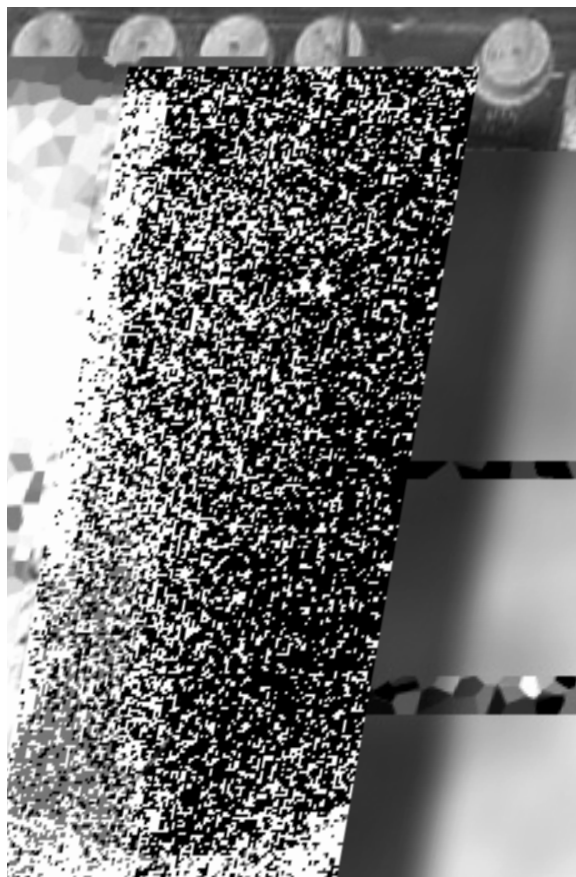
sector de las TIC y trasladado a todos los sectores de la economía, sea capaz de impulsar el crecimiento económico, limitar los ciclos, reducir la inflación y garantizar, casi indefinidamente, la prosperidad económica.

Pero si el resultado no goza de evidencia absoluta, no pueden ignorarse, aun de modo polémico, algunas de las manifestaciones de la revolución tecnológica que hoy son ya patentes. La primera, inducida a la vez por la globalización, es la derivada de los cambios en la organización del trabajo. Más aún, pareciera que la revolución tecnológica ha generado una nueva frontera entre los que tienen y los que no tienen acceso a las nuevas tecnologías, una suerte de *apartheid* tecnológico o *digital divide* que permite a algunos discutir sobre la subsistencia de los ciclos en medio de la prosperidad, mientras una parte del mundo no ha entrado siquiera en la revolución industrial.

Para los defensores de una nueva economía, el crecimiento general vendrá impulsado al alza por cuatro vectores procedentes del campo de las TIC: el espectacular aumento de usuarios de Internet, el comercio electrónico interempresarial, la entrega digital de mercancías y servicios y la venta al por menor, en línea, de productos tangibles. A analizar estos extremos se dedican los siguientes capítulos.

LAS FINANZAS EN LA ERA DIGITAL

El capítulo tres, dedicado a las finanzas en la era digital, tenía forzosamente que contener un relato del surgimiento y la caída de las empresas punto com. Hacía tiempo que no se conocía una burbuja



especulativa de semejante magnitud y que la *exuberancia irracional de los mercados*, de la que había advertido Greenspan, se había distanciado de los fenómenos reales asociados a la revolución de las TIC. Pero criterios de distinto nivel de arbitrariedad para valorar empresas se habían convertido en normales como parte del optimismo de la nueva economía, junto a prácticas financieras y escándalos de todo tipo —conocidos *a posteriori*— más propios del período de los *robber barons* que de un capitalismo civilizado basado en el conocimiento y en la tecnología. Naturalmente, hasta que todo estalló: el Nasdaq americano cayó casi un 65%, desde el nivel máximo alcanzado en el *boom*, y dos años después de la desmitifica-

ción de la nueva economía apenas una de cada diez empresas punto com siguen en pie.

Las reacciones no podían hacerse esperar: tanto en la regulación para hacer frente a la crisis de credibilidad del sistema como en los comportamientos indispensables para abordar la nueva etapa económica tras el desinflamiento de la burbuja y la desaceleración mundial. Una reacción que ha llevado a las entidades financieras, por ejemplo, a reconsiderar optimismos exagerados y temores infundados en torno al papel de Internet como base de su negocio, precisamente en el momento en que el segundo acuerdo de Basilea las impulsa hacia una mejor y más rigurosa gestión del riesgo.

Todo el mundo coincide en que si Internet ha de traducirse en una distinta y duradera forma de entender la vida económica, su heraldo es el comercio electrónico. La evolución del mismo, sus avances en las distintas modalidades (B2B, B2C, C2C) son clave para dilucidar los efectos previsibles e integran el cuarto de los capítulos de la obra del profesor Velasco.

Por una parte, las profecías del crecimiento ilimitado parecen haberse suavizado un tanto en el contacto con la realidad. A pesar de su crecimiento estamos en etapas embrionarias, de las que todavía no puede deducirse que su influencia vaya a ser determinante con carácter general. La esperanza está puesta en el desarrollo del B2B, del que se calcula que ocupará el 80% del comercio electrónico, y cuya influencia puede ser determinante si, efectivamente, lleva aparejada una sustancial reducción de los costes de transacción y acaba por vincular a las empresas más importantes con su red de proveedores.

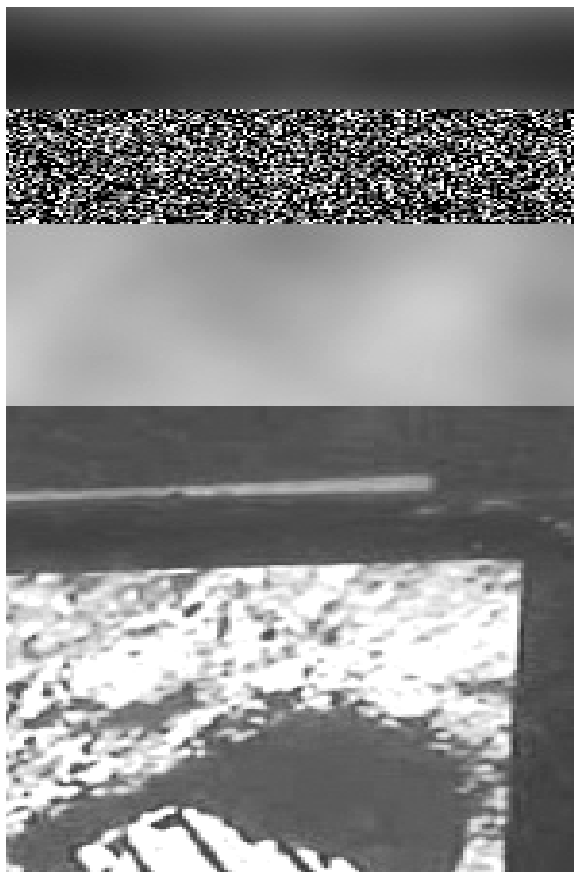
Pero, de nuevo, en esta realidad en construcción el autor nos sitúa

ante un mundo bien distinto de las imágenes acuñadas: los intercambios en línea son, por el momento, un fenómeno sustancialmente americano (en 2002 las *web* americanas habrán absorbido el 64% de las ventas mundiales, mientras que la mitad de la humanidad no habrá realizado aún su primera llamada telefónica, al decir de la OCDE) y, como no podía ser de otra forma, las promesas de «libertad», unidas a la difusión y extensión de la red, van dejando paso a la constatación de la aparición de fenómenos monopolísticos, en realidad monopsonísticos, protagonizados por las alianzas de poderosos compradores.

Esta realidad ya sería una buena razón para aceptar la superación de la concepción minimalista de la intervención del Estado en la vida de la red, de no existir otras tan significativas como la protección de la intimidad, los derechos básicos, la lucha contra la delincuencia y —en el terreno más económico— la necesidad de establecer reglas que permitan el funcionamiento adecuado de los mercados: desde las garantías jurídicas de los contratos a la firma electrónica, pasando por las reglas de resolución de disputas comerciales. Y, *last but not least*, otras intervenciones capaces de impedir que se consolide la barrera que separa a los alfabetizados informáticamente de los que no lo están y —presumiblemente— nunca lo llegarán a estar sin el concurso de los poderes públicos.

LAS DECISIONES EMPRESARIALES

Pero ¿cómo afecta todo este mundo a las empresas en general y a algunas en particular? ¿Qué es lo que ha cambiado y cambiará en el



futuro como consecuencia de la revolución digital en la estrategia, organización y funciones de las empresas?

El capítulo cinco es una introspección en el mundo de las decisiones empresariales. Sin duda ya ha quedado claro que no es oro todo lo que reluce en la economía digital. Pero eso no equivale a ignorar los profundos cambios que se están produciendo. Rememorando a alguien tan poco propenso a la exageración como el comisario Pedro Solbes, el profesor Velasco nos recuerda que hemos de admitir que «las señales de cambio son impresionantes». El sano escepticismo ha de dejar paso al análisis de los cambios operados y al de los que quedan por venir. Fluidez, horizontalidad y confianza pueden ser algunos de los nuevos rasgos

de la gestión en la economía digital. Parece indiscutible que la competencia adoptará nuevas formas. Y, como señala el autor, los procesos de adaptación (adelgazamiento de estructuras, optimización de procesos, la reingeniería y la calidad total) que ya hemos conocido palidecen ante el salto a la economía de los intangibles que va implícita en la era de Internet.

Por eso, con la medida que le caracteriza, el autor nos señala que la adaptación de las empresas a Internet debe hacerse «con una gestión tradicional, un cambio permanente y el recurso a parámetros evaluables para efectuar un seguimiento continuo del proceso». Como si quisiera decirnos que la imaginación y la creatividad tienen un lugar relevante en la economía, quizás más en la economía digital, pero que, a la vez, no conviene olvidar las advertencias de Anatole France cuando señalaba que «el porvenir es un lugar cómodo para colocar los sueños». La realidad indiscutible de empresas como Amazon y sus propias limitaciones, la historia nada brillante del *marketing* a través de la red o la de los múltiples portales desaparecidos, ilustran la distancia entre las posibilidades soñadas y la realidad económica.

La distinción entre empresas *brick* y empresas *click*, tan al gusto de los propagandistas, es más perturbadora que clarificadora, a juicio del autor. Su dictamen es tan claro como rotundo: «la nueva economía no va a sustituir a la vieja, las empresas *click* no van a arruinar a las *brick*, ni Internet ha modificado en lo más mínimo, salvo excepciones, las ventajas competitivas de las empresas».

Y prosigue: «Internet no ha cambiado el modelo macroeconómico vigente hoy y hace una década. Dentro de ese modelo, el sustrato

de un *management* cabal permanece... y los requisitos y características del buen gobierno de las organizaciones permanecen intactos». El nuevo «telégrafo» del siglo XXI hará que se diluyan los organigramas empresariales cuajados de férreas jerarquías «para dar lugar a estructuras mucho más planas, con más sentido de equipo. Pero el éxito de la estrategia de las empresas en materia de Internet dependerá de la manera en la que cada una de ellas esté gobernada, y no al revés».

EL DESAFÍO AMERICANO Y EL LETARGO ESPAÑOL

De particular interés resulta la síntesis ofrecida por el autor de lo que algunos llaman el nuevo desafío americano y la respuesta europea. A los conocidos análisis sobre la superioridad en materia de TIC de la economía de los EEUU y su traducción en la evolución de la productividad de aquel país frente a Europa, se oponen algunos análisis menos convencionales que expresan no sólo las limitaciones de semejante lectura sino, lo que es más importante a la vista de los datos, los esbozos de una reacción europea iniciada como estrategia desde la cumbre de Lisboa (2000). Es verdad que no todo han sido pasos positivos desde entonces. No lo es menos que la distancia con los EEUU no es insalvable ni mucho menos.

Quizás lo que sí está en juego es saber si el modelo de economía digital que Europa pretende adoptar es compatible con lo que hasta ahora

ha sido su modelo social o, por el contrario, se trata de una mera reproducción del modelo americano, es decir, de la ocasión que algunos esperaban para pasar a una economía de mercado con menor peso del sector público y de los impuestos y, a la par, con un menor nivel de protección e integración social.

Una discusión muy relevante que sirve de pórtico al análisis específico de la situación española, a las claves de nuestro letargo —como lo llama el autor—, de acuerdo con los indicadores disponibles, y al fiasco de las políticas anunciadas, pero nunca cumplidas, de los últimos gobiernos.

La obra se cierra con un repaso a los problemas de la regulación en la economía digital. El viejo debate del intervencionismo abre paso a las formas diversas de intervención y al análisis de las necesidades nacionales e internacionales que se desprenden no sólo de la ordenación de la red sino de la participación (acceso y condiciones) y garantías de todos los actores en la misma.

Con la esperanza de que las viejas e ingenuas demandas de pura autorregulación vayan dando paso a intervenciones de los gobiernos «favorables» a una sociedad de la información verdaderamente abierta, se pasa revista a los problemas de la reglamentación del comercio electrónico, los suscitados por el *contribuyente virtual* y las necesidades generadas por una verdadera coordinación internacional.

Antes de concluir este análisis, un último comentario. Éste no es un libro para tecnólogos, que, no obstante, harían bien en leerlo para

adquirir una perspectiva distinta del mundo que les es propio. Tampoco es un libro para economistas en búsqueda de modelos matemáticos, si bien lo sustancial de la literatura técnica forma parte no sólo del bagaje del autor sino del contenido de varios de sus capítulos. Ni la obra pretende ser una fácil guía para los negocios en la red ni un vademécum para el rediseño de estrategias empresariales. Quienes vayan buscando esos enfoques no los encontrarán en este libro, que, sin embargo, les proporcionará una perspectiva más rica que cada una de las mencionadas.

Estamos ante el ensayo brillante de un economista sobre una de las realidades económicas más comentadas y menos conocidas de nuestro mundo contemporáneo. Una realidad en plena agitación, cuyo alcance y consecuencias todavía no podemos valorar en toda su dimensión. Como no podía ser menos, la aproximación del economista profesional no es la del *gurú* ni la del visionario: recoge los datos y trata de recomponer y dotar de sentido al rompecabezas de la vida, a la vista de las relaciones entre sus partes. Por eso su visión, la que nos ofrece, es bastante más que una perspectiva técnica, que un sueño o que una extrapolación. Es un enfoque parcial, pero integrado, del conjunto de fuerzas sociales que se agitan en la realidad digital, para alterar —de manera sólo parcialmente previsible— el rumbo de la economía, y con él, el de la sociedad.

■ Juan Manuel Eguíagaray Ucelay